

Purificación del templo - Marcos 11:15-19

(Mr 11:15-19) “Vinieron, pues, a Jerusalén; y entrando Jesús en el templo, comenzó a echar fuera a los que vendían y compraban en el templo; y volcó las mesas de los cambistas, y las sillas de los que vendían palomas; y no consentía que nadie atravesase el templo llevando utensilio alguno. Y les enseñaba, diciendo: ¿No está escrito: Mi casa será llamada casa de oración para todas las naciones? Mas vosotros la habéis hecho cueva de ladrones. Y lo oyeron los escribas y los principales sacerdotes, y buscaban cómo matarle; porque le tenían miedo, por cuanto todo el pueblo estaba admirado de su doctrina. Pero al llegar la noche, Jesús salió de la ciudad.”

Introducción

En un pasaje anterior hemos considerado el momento en el que Jesús llegó a Jerusalén en medio de la aclamación popular. Sin embargo, aunque muchos pensaban que iba a ocupar el trono en Jerusalén, él sabía que lo que realmente le esperaba era la cruz. Sólo dando “su vida en rescate por muchos” podría llegar a reinar en corazones rebeldes y pecadores. Esto significaba que él no iba a establecer inmediatamente su reino de una forma pública y visible, tal como la gente esperaba, de hecho, esto no ocurrirá hasta su Segunda Venida, sin embargo, él ya ha comenzado a reinar “secretamente” en los corazones de los hombres que le aceptan.

Su propósito con esta primera visita era hacer una inspección oficial como Rey de Israel al corazón de la nación, y por esta razón se dirigió al templo, el lugar donde latía el pulso de la adoración que se elevaba a Dios.

Lo que vio le desagradó profundamente. El templo estaba lleno de animales y de comerciantes que explotaban a los adoradores que iban allí procedentes de todas las naciones. Pero lo que aun era peor que la suciedad y el mal olor que todos aquellos animales pudieran producir, estaba la suciedad moral y espiritual de la clase sacerdotal que dirigía el templo para su propio beneficio.

Aparentemente todo funcionaba correctamente; las ceremonias, los sacrificios, la música... pero la realidad era totalmente diferente. Como el Señor ilustró por medio de la maldición de la higuera estéril, la abundancia de hojas sólo servía para esconder la falta de fruto. Por eso, todos aquellos peregrinos que llegaban a Jerusalén con la esperanza de encontrar verdadero alimento espiritual para sus vidas, se quedaban vacíos y se sentían víctimas de la explotación que los dirigentes espirituales llevaban a cabo en el nombre de Dios.

Pero a los sacerdotes, nada de todo esto parecía importarles, en tal caso, lo único que les inquietaba eran los romanos, que habían colocado su cuartel justo al lado del mismo templo, y que además se llevaban una parte importante de sus beneficios. Pero a parte de esto, ellos se creían justos, y estaban esperando a que Dios enviara al Mesías para que acabara con sus enemigos.

Cuando Jesús llegó el día anterior por la noche a Jerusalén y entró en el templo, vio todo esto, pero no dijo ni una sola palabra. ¿Se callaría ante estas injusticias?

El cumplimiento de la profecía de Malaquías

En contra de lo que los sacerdotes pensaban, el profeta Malaquías había anunciado siglos atrás que la venida del Mesías tendría como objetivo manifestar su santa ira contra todos aquellos abusos que los sacerdotes cometían en el templo de Dios, a la vez que purificaría el sacerdocio, las ofrendas y al mismo pueblo. Veamos lo que escribió Malaquías:

(Mal 2:17-3:4) *“Habéis hecho cansar a Jehová con vuestras palabras. Y decís: ¿En qué le hemos cansado? En que decís: Cualquiera que hace mal agrada a Jehová, y en los tales se complace; o si no, ¿dónde está el Dios de justicia? He aquí, yo envío mi mensajero, el cual preparará el camino delante de mí; y vendrá súbitamente a su templo el Señor a quien vosotros buscáis, y el ángel del pacto, a quien deseáis vosotros. He aquí viene, ha dicho Jehová de los ejércitos. ¿Y quien podrá soportar el tiempo de su venida? ¿o quién podrá estar en pie cuando él se manifieste? Porque él es como fuego purificador, y como jabón de lavadores. Y se sentará para afinar y limpiar la plata; porque limpiará a los hijos de Leví, los afinará como a oro y como a plata, y traerán a Jehová ofrenda en justicia. Y será grata a Jehová la ofrenda de Judá y de Jerusalén, como en los días pasados, y como en los años antiguos.”*

1. *“¿Dónde está el Dios de justicia?”*

Aunque habían pasado más de cuatrocientos años desde que Malaquías había profetizado esto, la situación no había cambiado mucho, y en esencia todo permanecía igual. El pueblo de Israel seguía estando bajo el dominio de una potencia extranjera, y aunque ya no eran los persas de los tiempos de Malaquías quienes los oprimían, ahora sufrían bajo el yugo de Roma. Y en esta situación que se venía perpetuando durante siglos, el pueblo se preguntaba *“¿dónde está el Dios de justicia?”*. Todos esperaban que el Mesías apareciera para darles la razón a ellos y juzgar a sus opresores quitándolos de en medio.

2. *“Yo envío mi mensajero el cual preparará el camino delante de mí”*

La respuesta que Dios les dio a aquellos judíos que confiaban en su propia justicia fue muy diferente de la que ellos esperaban. Malaquías profetizó en el nombre de Dios que antes de la venida del Mesías sería necesario que apareciera un *“mensajero”* que tendría que preparar su camino.

Un mensajero era normalmente un profeta, y desde los tiempos de Malaquías no se había levantado ninguno hasta que apareció Juan el Bautista. Todos los evangelistas, y hasta el mismo Señor Jesucristo identificaron a Juan con el *“mensajero”* anunciado por Malaquías **(Mt 11:10) (Mr 1:2) (Lc 1:76)**.

Ahora bien, lo que realmente debió llamar la atención de los judíos era que este mensajero tuviera que preparar el camino delante del Señor. Como ya hemos visto, ellos se creían justos, así que probablemente se preguntarían ¿qué era lo que había que preparar? Pero con esta necesidad coincidían también las profecías de Isaías:

(Is 40:3-5) *“Voz que clama en el desierto: Preparad camino a Jehová; enderezad calzada en la soledad a nuestro Dios. Todo valle sea alzado, y bájese todo monte y collado; y lo torcido se enderece, y lo áspero se allane. Y se manifestará la gloria de Jehová, y toda carne juntamente la verá: porque la boca de Jehová ha hablado.”*

3. “Limpiará a los hijos de Leví”

En cumplimiento de las profecías de Malaquías e Isaías, lo que Juan el Bautista hizo fue llamar al pueblo al arrepentimiento de sus pecados y a que dejaran de pensar que porque eran hijos de Abraham ya estaban inmediatamente libres del juicio de Dios.

(Mt 3:5-10) “Y salía a él Jerusalén, y toda Judea, y toda la provincia de alrededor del Jordán, y eran bautizados por él en el Jordán, confesando sus pecados. Al ver él que muchos de los fariseos y de los saduceos venían a su bautismo, les decía: ¡Generación de víboras! ¿Quién os enseñó a huir de la ira venidera? Haced, pues, frutos dignos de arrepentimiento, y no penséis decir dentro de vosotros mismos: A Abraham tenemos por padre; porque yo os digo que Dios puede levantar hijos a Abraham aun de estas piedras. Y ya también el hacha está puesta a la raíz de los árboles; por tanto, todo árbol que no da buen fruto es cortado y echado en el fuego.”

Pero a pesar de la claridad y el poder de la predicación de Juan, los dirigentes espirituales de Israel no quisieron obedecer al llamamiento divino expresado a través de su profeta **(Mr 11:27-33)**.

Por esta razón, tal como Malaquías había anunciado, cuando el Mesías apareciera, él mismo iba a “limpiar a los hijos de Leví” **(Mal 3:3)**. Por supuesto, los hijos de Leví eran los sacerdotes, que con sus enseñanzas y comportamiento constituían un verdadero obstáculo para que el pueblo conociera a Dios. El mismo Malaquías había denunciado a los sacerdotes de su tiempo en innumerables ocasiones:

(Mal 1:6-7) “El hijo honra al padre, y el siervo a su señor. Si, pues, soy yo padre, ¿dónde está mi honra? y si soy señor, ¿dónde está mi temor? dice Jehová de los ejércitos a vosotros, oh sacerdotes, que menospreciáis mi nombre. Y decís: ¿En qué hemos menospreciado tu nombre? En que ofrecéis sobre mi altar pan inmundo. Y dijisteis: ¿En que te hemos deshonrado? En que pensáis que la mesa de Jehová es despreciable.”

(Mal 1:10) “¿Quién también hay de vosotros que cierre las puertas o alumbre mi altar de balde? Yo no tengo complacencia en vosotros, dice Jehová de los ejércitos, ni de vuestra mano aceptaré ofrenda.”

(Mal 2:7-8) “Porque los labios del sacerdote han de guardar la sabiduría, y de su boca el pueblo buscará la ley; porque mensajero es de Jehová de los ejércitos. Mas vosotros os habéis apartado del camino; habéis hecho tropezar a muchos en la ley; habéis corrompido el pacto de Leví, dice Jehová de los ejércitos.”

Como podemos apreciar, la situación del templo y de los sacerdotes descrita por Malaquías siglos atrás no era muy distinta a la que el Señor Jesucristo se encontró cuando llegó al templo. Por esta razón, comenzó a expulsar a los cambistas de moneda y a todos los que estaban degradando el santuario con el fin de purificar y restablecer la verdadera adoración a Dios.

4. Las dos entradas de Jesús en el templo

La obra de juicio que el Mesías llevaría a cabo sobre el sacerdocio y su pueblo rebelde comenzó con su primera venida, pero llegará a su clímax cuando regrese en gloria a juzgar a los pecadores.

Debemos notar la importancia que el Señor dio durante su ministerio terrenal a su misión de purificar el templo. De hecho, esta es la segunda ocasión en la que Jesús entraba en el templo con esta finalidad. La primera había tenido lugar al comienzo de su ministerio público y es recogida por Juan en **(Jn 2:13-22)**, y ahora, cuando está a punto de terminar

su obra aquí en la tierra, nuevamente volvió a limpiar el templo. Por el momento, se trataba más bien de un juicio simbólico, por el que manifestaba su autoridad como el Mesías anunciado, pero al mismo tiempo, dejaba clara su sentencia judicial final.

5. *“Vuestra casa os es dejada desierta”*

Los judíos no quisieron ver las implicaciones de lo que Jesús estaba haciendo, y nuevamente volvieron a rechazarle. Esta fue la razón por la que el Señor emitió un juicio que no tardaría en cumplirse:

(Mt 23:38-39) “He aquí vuestra casa os es dejada desierta. Porque os digo que desde ahora no me veréis, hasta que digáis: Bendito el que viene en el nombre del Señor.”

En estas palabras del Señor podemos apreciar que aunque el templo era la casa de su Padre, ellos se habían adueñado de él, y por esa razón Jesús lo describió como *“vuestra casa”*. Ya no era la casa de Dios, sino una *“cueva de ladrones”*.

El judaísmo se convirtió en una cáscara vacía porque Dios ya no moraba en medio de ellos. Pero en contraste, en pocas semanas, la iglesia iba a ser bautizada con el Espíritu Santo en el día de Pentecostés, convirtiéndose así en el templo de Dios en este mundo hasta su Segunda Venida.

(Ef 2:17-22) “Y vino y anunció las buenas nuevas de paz a vosotros que estabais lejos, y a los que estaban cerca; porque por medio de él los unos y los otros tenemos entrada por un mismo Espíritu al Padre. Así que ya no sois extranjeros ni advenedizos, sino conciudadanos de los santos, y miembros de la familia de Dios, edificados sobre el fundamento de los apóstoles y profetas, siendo la principal piedra del ángulo Jesucristo mismo, en quien todo el edificio, bien coordinado, va creciendo para ser un templo santo en el Señor; en quien vosotros también sois juntamente edificados para morada de Dios en el Espíritu.”

La disposición del templo

Después de haber analizado la relación que este pasaje tiene con la profecía de Malaquías, vamos a considerar ahora algunos detalles acerca del templo tal como estaba en los días de Jesús.

- El área del templo ocupaba la cima del monte de Sion, por lo tanto, había cierto desnivel.
- Al entrar, lo primero que se encontraba era el “Atrio de los Gentiles”, una gran explanada rodeada de hermosos pórticos. Esta era una zona a donde podía entrar cualquier persona, ya fuera judío o gentil, hombre o mujer. Debajo de sus pórticos era un lugar que se prestaba perfectamente para la enseñanza en grupos.
- Subiendo unos peldaños, se accedía al “Atrio de las Mujeres”. Allí no estaba permitido el paso a ningún gentil. Unos carteles decían lo siguiente: “Que ningún hombre de otra nación traspase esta barrera ni la cerca que rodea el templo. Quien sea sorprendido será el único culpable de su propia muerte”. Aquí se permitía la entrada tanto a hombres como a mujeres que fueran judíos.
- Subiendo un poco más se llegaba al “Atrio de los Israelitas”, en donde sólo podían entrar los varones judíos.
- Más arriba estaba el “Atrio de los Sacerdotes”, al que como su nombre indica sólo podían acceder los sacerdotes.

- Y por último, arriba del todo estaba el “Santuario” al que sólo podía entrar el Sumo Sacerdote una vez al año.

Pues bien, el incidente que estamos considerando tuvo lugar en el “Atrio de los Gentiles”. En realidad, aquella zona se había diseñado con la intención de que fuera un lugar de oración y preparación antes de entrar a las zonas interiores del templo. Al mismo tiempo, era una zona en el que los gentiles tenían la posibilidad de entrar y escuchar la Palabra del Dios vivo.

Pero lo cierto era que todo aquel recinto se había secularizado por completo, llegando a convertirse en un mercado de ganado en el que los gritos de los comerciantes se confundían con el ruido, la suciedad y el hedor de los animales. ¿Cómo podía llamarse a esto una “*casa de oración*”?

“Los que vendían y los cambistas”

1. ¿Quiénes eran los “cambistas”?

Recordemos que era obligatorio que cada judío pagara un impuesto al templo. Esto se hacía normalmente durante la fiesta de la Pascua, cuando los judíos venían de todas las partes del mundo para su celebración. Ahora bien, el impuesto había que pagarlo en una moneda concreta, “el siclo del santuario”, así que no servía el dinero que aquellos judíos traían de sus países de origen. El sumo sacerdote no aceptaba moneda extranjera, así que había habilitado aquella zona del templo para que los “cambistas” pusieran sus mesas e hicieran el cambio de moneda. Por supuesto, había que pagar una fuerte comisión, de la que el sumo sacerdote se llevaba una buena parte al ser él quien controlaba el templo.

2. ¿Por qué vendían palomas en el templo?

Además de pagar el impuesto del templo, los israelitas tenían que ofrecer distintos sacrificios de animales. Por supuesto, podían traerlos de sus países de origen, aunque esto sería muy incómodo y poco práctico. Pero además, los sacerdotes examinarían el animal antes de ser ofrecido para que fuera sin defecto, y si no había sido adquirido en el mercado que había en el atrio de los gentiles, difícilmente sería aceptado. Claro está que estos animales tenían un precio muy superior al que se podrían comprar en otras partes, pero es que todo esto era un monopolio del que el sumo sacerdote y su familia obtenían muy buenos dividendos.

“Cueva de ladrones”

Como antes comentábamos, aquella parte del templo debía ser un lugar de oración en el que los adoradores se prepararan para entrar a la presencia de Dios. Pero lejos de esto, los sacerdotes habían llenado de mercaderes la casa de Dios. Allí todo era un negocio en el que cada servicio del templo se comercializaba descaradamente para obtener un beneficio económico. Por supuesto, alguien tenía que vender los animales que se necesitaban para los sacrificios, pero esto se podía haber dejado a comerciantes que llevaran a cabo sus ventas fuera de los recintos sagrados y de las actividades del templo. Pero los sacerdotes, no sólo permitían que se hiciera allí, sino que además ellos mismos lo controlaban para su propio beneficio.

Los sacerdotes habían perdido su razón de ser. Su misión consistía en ser mediadores que ayudaran a los hombres a encontrar a Dios y ser bendecidos por él. Pero en lugar de

eso habían convertido el sacerdocio en un monopolio comercial con el único objetivo de enriquecerse a través del genuino deseo de los hombres de buscar a Dios.

Por supuesto, cuando una persona percibe esto y se siente objeto de la explotación y el robo, difícilmente podrá experimentar la gracia de Dios y el don gratuito de la salvación. Así que, estos sacerdotes eran doblemente culpables, porque por un lado robaban a Dios, tratando su Palabra como si fuese un artículo de su negocio, y por otro, trataban a las personas no como propiedad de Dios, sino como usuarios de un mercado cuyos derechos exclusivos creían poseer ellos.

En medio de un ambiente como este, la gente había perdido completamente el sentido de la presencia de Dios en su propia casa, de ahí la acusación del Señor: “*vosotros la habéis hecho cueva de ladrones*”. Para su amonestación usó una cita del profeta Jeremías que vamos a considerar brevemente:

(Jer 7:8-14) “He aquí, vosotros confiáis en palabras de mentira, que no aprovechan. Hurtando, matando, adulterando, jurando en falso, e incensando a Baal, y andando tras dioses extraños que no conocisteis, ¿vendréis y os pondréis delante de mí en esta casa sobre la cual es invocado mi nombre, y diréis: Librados somos; para seguir haciendo todas estas abominaciones? ¿Es cueva de ladrones delante de vuestros ojos esta casa sobre la cual es invocado mi nombre? He aquí que también yo lo veo, dice Jehová. Andad ahora a mi lugar en Silo, donde hice morar mi nombre al principio, y ved lo que le hice por la maldad de mi pueblo Israel. Ahora, pues, por cuanto vosotros habéis hecho todas estas obras, dice Jehová, y aunque os hablé desde temprano y sin cesar, no oísteis, y os llamé, y no respondisteis; haré también a esta casa sobre la cual es invocado mi nombre, en la que vosotros confiáis, y a este lugar que di a vosotros y a vuestros padres, como hice a Silo. Os echaré de mi presencia, como eché a todos vuestros hermanos, a toda la generación de Efraín.”

Sin lugar a dudas los judíos conocían bien el contexto de la profecía de Jeremías. En aquel tiempo los judíos oprimían a los extranjeros, robaban, asesinaban... Sin embargo, continuaban ofreciendo sus sacrificios en el templo con total normalidad. Ellos pensaban que la existencia del templo les protegería de la ira de Dios. Y en los días de Cristo, la historia se volvía a repetir. Las autoridades del templo eran culpables de codicia, extorsión y profanación de la casa de Dios. Habían convertido aquel lugar sagrado en una “cueva de ladrones”, en un lugar donde esconderse después de cometer sus crímenes. Esto era muy grave: ¡Los líderes religiosos de Israel estaban usando la adoración a Dios como cobertura para sus pecados!

“Eché fuera a los que vendían y volcó las mesas de los cambistas”

El Señor manifestó su autoridad espiritual al efectuar la limpieza del templo. Al hacerlo estaba también condenando una religión de origen divino que se había vaciado de todo sentido espiritual. Él expresó una fuerte indignación al ver como los peregrinos que habían acudido a la fiesta no eran tratados como adoradores, ni siquiera como seres humanos, sino como objetos que se podían explotar. La explotación del hombre por el hombre siempre provoca la ira de Dios, pero aún más cuando ésta se hace bajo la capa de la religiosidad y en el nombre de Dios.

“Será llamada casa de oración para todas las naciones”

El Señor justificó lo que estaba haciendo por medio de la Escritura. Para esto citó al profeta Isaías:

(Is 56:6-7) “Y a los hijos de los extranjeros que sigan a Jehová para servirle, y que amen el nombre de Jehová para ser sus siervos; a todos los que guarden el día de reposo para no profanarlo, y abracen mi pacto, yo los llevaré a mi santo monte, y los recrearé en mi casa de oración; sus holocaustos y sus sacrificios serán aceptos sobre mi altar; porque mi casa será llamada casa de oración para todos los pueblos.”

Esta porción indicaba cómo debían ser acogidos en el templo los gentiles prosélitos. Aquel debía ser un lugar que abriera sus puertas a los hombres de todas las naciones para que conocieran y adoraran al Dios de Israel.

Pero aquí radicaba otro de los grandes pecados de los sacerdotes: su exclusivismo judío. Ellos habían perdido toda vocación misionera. No sentían ningún tipo de interés o preocupación por los millones de gentiles paganos que no conocían a Dios. Esto quedaba patente en el hecho de que aquel área del templo que tenía que ser dedicada a ellos, no habían tenido ningún problema en convertirla en un mercado de ganado.

“Los principales sacerdotes buscaban cómo matarle”

Cristo hizo valer sus derechos divinos al echar fuera a los vendedores y al enseñar en el templo. Pero esto dio comienzo a una lucha a muerte. Por un lado estaban las autoridades del templo que estaban empeñadas en mantener su poder e ingresos, y por otro, estaban en peligro la fe, el amor, la obediencia y la devoción del pueblo. Esto llenaba de preocupación el corazón de Cristo, que de ninguna manera permaneció callado, como ya hemos visto, aunque este enfrentamiento le llevaría finalmente a la Cruz.

Preguntas

- 1.** ¿Cuál fue el propósito de la visita del Señor al templo? ¿Cuál fue su impresión? Razone su respuesta.
- 2.** ¿Cómo se relaciona la profecía de Malaquías con el pasaje que estamos considerando?
- 3.** Explique las diferentes partes en las que estaba dividido el templo. A raíz de lo aprendido en esta lección explique lo ocurrido en **(Hch 21:26-31)** y también lo que Pablo escribe en **(Ef 2:14)**.
- 4.** ¿Cuáles eran los pecados de los sacerdotes por los que el Señor les reprendió?
- 5.** ¿Por qué los judíos buscaban cómo matar a Jesús?